

sustitucion se hizo quizás en atencion á que la divinidad llamada en fenicio *señora ó ama* no podia continuar llevando este nombre donde el culto principal se rendia á un Baal ó *señor* (1). No debe sorprender, pues, que en concepto de los fenicios hubiera tantas divinidades distintas designadas con el nombre de Astarté, como habia sitios donde se rendia culto á esta diosa. En Sidon habia dos diosas del nombre de Astarté, una con el sobrenombre de Shem-Baal, que significa literalmente «nombre de Baal;» pero no se sabe todavía el sentido que se daba á este sobrenombre, siendo quizás resultado de una fusion de dos cultos.

Aunque esta explicacion no está probada, es muy posible explicar por la union de varios cultos, que pueda haberse efectuado en épocas prehistóricas, muchos otros nombres de divinidades como Malk-Baal, Malk-Astarté, Eshmun-Astarté, Sid-Tanit, Sid-Melkart y Malk-Osir, con los cuales no se quisieron designar evidentemente séres divinos que reuniesen las cualidades de dos divinidades, como por ejemplo de Malk y de Astarté. El Malk-Baal significó mas bien una divinidad que recibió este nombre compuesto porque en algun punto fué venerado un dios Malk junto con otro Baal, y Malk Astarté recibió este nombre porque en algun punto fué venerado un dios Malk junto con la Astarté. Eshmun-Melkart, Sid-Melkart, Eshmun-Astarté, Sid-Tanit, etc., deben entenderse de la misma manera (2). De estos nombres no se puede inferir nada tocante á la categoría respectiva de las dos divinidades en los nombres compuestos; porque el culto acabó luego por dar á las divinidades así llamadas un sentido independiente, si bien fué el resultado de la fusion de dos cultos distintos y separados al principio. De estas divinidades designadas con nombres compuestos debieron de ser las mas antiguas Malk-Baal y Malk-Astarté, y quizás la mas moderna Malk Osir, es decir, el Malk de Osiris (3).

Muchos historiadores y mitólogos, suponiendo erróneamente que todos los Baales y Astartés eran puramente derivados de un Baal y de una Astarté únicos en un principio, se han dado mucho trabajo para descubrir el significado original de estos dos nombres, y solamente hoy conceden algunos sabios que estos nombres tienen una significacion bastante vaga (4). Admitidas como acertadas las suposiciones

(1) El haberse conservado en Biblos el nombre de Baalat para la diosa de la ciudad, indica el origen puramente cananeo del pueblo de Biblos.

(2) Nos falta espacio para exponer las diferentes tentativas hechas para explicar el nombre compuesto de Shem-Baal, que se encuentran expuestas en el artículo de Dillmann sobre el nombre Baal con el artículo femenino, publicado en la relacion mensual de la Academia de Ciencias de Berlin del año 1881, pág. 606. Malk-Baal es tambien el nombre del dios al cual se daba culto en Palmira y al cual los griegos llamaban Malachelos y los latinos Malagbelus. La divinidad Ashtor-Camosh de los moabitas era la Astarté de su dios Camosh, como lo era Attar, la Attar del Ate, y Attar-Baal la Attar del Baal.

(3) A juzgar por una inscripcion descubierta en Um-el-Awamid, y publicada en el *Corpus Inscr. Semit.*, I, 1, número 8, se empleó tambien el nombre de Malk-Astarté, como calificativo de un dios que recibió culto en diferentes puntos del territorio de Tiro y cuyo nombre propio era El-Hammon. En Cartago existia un templo dedicado á Malk-Astarté (*Corp. Inscr. Semit.*, I, 1, n.º 250). En una inscripcion encontrada recientemente en el territorio de Tiro cerca de Ma'asub entre Acco y Um-el-Awamid, se llama el dios Baal-Hammon, «el siervo de Malk-Astarté,» de lo cual se desprende que Malk-Astarté era considerado allí divinidad de categoría elevada, y que El-Hammon y Baal-Hammon eran tenidos por divinidades enteramente distintas. Véase *Revue archéologique*, tercera série, V, pág. 380, y *Annales du Musée Guimet*, X, Paris, 1887, pág. 503.

(4) En ediciones antiguas de Plauto se encuentra incluida, en el trozo Mercator (IV, 6), una invocacion que empieza en estos términos: «Divina Astarté, fuerza, vida, salud de los dioses y de los hombres;» á pesar de haberse demostrado hace tiempo que esta invocacion es una invencion fabulosa, muchos la continúan citando como significado fundamental de la divinidad Astarté.

hechas mas arriba, se comprende que no pueden darse definiciones mitológicas; porque segun estas conjeturas se llamaba Baal en el origen á cualquiera divinidad que reconocia cierto grupo como su dueño, que tenia poder absoluto sobre el grupo, pudiendo dársele otro nombre que significara lo mismo, como por ejemplo, rey. De esta manera era cada Baal un sér distinto, divinidad de un grupo determinado, y si se le daba además del título ó nombre general un sobrenombre especial, como Baal-Shamem por ejemplo, que significa señor del cielo, quedaba bajo este nombre siendo divinidad especial, aun cuando el grupo que en un principio le reconoció por su dios se hubiera fundido con la poblacion general. De la misma manera sucedió con la divinidad femenina Astarté, que en su origen, para cada grupo que la habia adoptado por reina y señora, significó todo el poder divino de que aquellos pueblos podian tener idea, es decir, que era para ellos una divinidad en cuyas manos estaba el bien y el mal del grupo. Lo mismo puede decirse de las divinidades llamadas Malk, Milkat, Alat y de la mayor parte de las demás que los fenicios adoraron en tiempo histórico, conforme se desprende todavía de ciertos pormenores. Así era considerado Eshmun en Fenicia, y particularmente en Beirut, en la época griega, en sentido tan especial que era un dios al cual incumbia la curacion de enfermedades, por manera que era considerado como el Esculapio griego, si bien esta especialidad habrá sido en el principio solo una de sus muchas cualidades divinas. Probablemente era este dios, como ya ha supuesto Movers, idéntico al dios fenicio que los griegos llamaban Yolaos, y que se cita en el juramento de Anibal al lado del nombre de Hércules. Habrá adquirido la fama de curar las enfermedades porque en un mito que cita un autor griego se refiere que este Yolaos, ó sea Eshmun, acompañó á Hércules, hijo de Asteria y de Zeus (quizás Astarté y Baal), y habiendo sido muerto Hércules en una expedicion á la Libia, le devolvió Yolaos la vida poniendo debajo de su nariz una codorniz. El dar la fábula á Yolaos-Eshmun por compañero á Hércules y el hacer la cura milagrosa es debido probablemente á que, en el concepto de los fenicios, los dos dioses tenian cierta afinidad; porque la tradicion les atribuye, conforme á los mas antiguos de los dioses de tribu, el exterminio de fieras y la pasion de la caza (5). La tradicion local de Beirut referia todavía al principio de la era cristiana que Eshmun era un jóven incomparablemente bello, que cazando en las inmediaciones habia sido visto por la diosa Astronoe, es decir, Astarté-Na'ama, ó sea «la Astarté bondadosa,» la cual se prendió de él apasionadamente. Eshmun, para no acceder á sus deseos, se habia castrado con una hacha, lo que causó su muerte; pero la diosa le restituyó á la vida y le colocó entre los dioses.

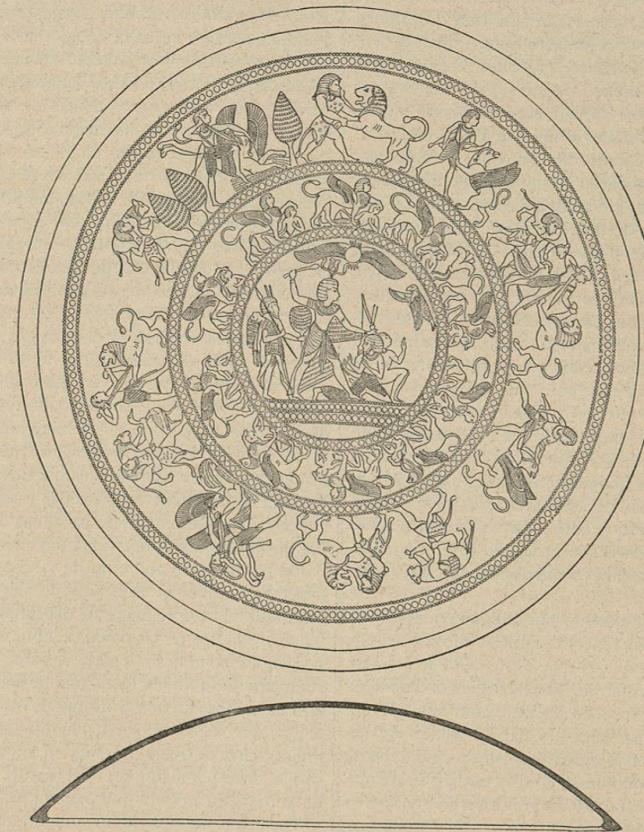
En varias copas de plata hechas por artistas de Chipre se ve junto á un héroe esforzado, membrudo y con barba, que sin duda representa á Hércules, un jóven esbelto que teniendo asido á un grifo, en la pendiente de una montaña, está á punto de rematarle. Este jóven matador de dragones representa evidentemente á Eshmun, y la escena figurada por el artista debe de ser algun hecho heroico del jóven, en cuyo nombre se halla todavía un eco de la significacion original de un dios amante de hechos heroicos. En época todavía

(5) No se sabe si la genealogía de Yolaos es invencion fenicia ó si es griega, para distinguir mejor el Hércules fenicio del griego. Sobre la significacion de este mito véase P. de Lagarde: *Rudimenta mythologiae semiticae*, pág. 29. El llamar los griegos Yolaos á Eshmun no implica que la fábula griega de la compañía de Hércules con un héroe llamado Yolaos sea de origen fenicio, y hasta ahora no se ha encontrado en las inscripciones fenicias ninguna palabra á la cual pueda atribuirse un sentido semejante á Yolaos.

muy posterior fué venerado Eshmun en Ascalon bajo el nombre de Esculapio Leontuco, ó sea el Esculapio que tiene asido un leon.

Los fenicios, no obstante que atribuan á los dioses desde el principio un poder ilimitado sobre sus súbditos, no los consideraban siempre como séres elevados y puros, sino que se los figuraban en gran parte como séres malignos, de aspecto terrorífico y feo. El Hércules fenicio está figurado como gigante, pero conformado como enano; y formas semejantes

dieron los fenicios al dios Pumai, que era venerado principalmente en Chipre. Los griegos derivaban este nombre de *pigme*, que en griego significa puño, y segun ellos era pigmeo Adonis, llamado en Chipre *Pygmaios* ó sea *el pigmeo* (1). El haberse figurado los fenicios divinidades omnipotentes bajo semejantes formas, tuvo su origen en tiempos remotos, en que tribus débiles y oprimidas atribuan á su divinidad las mismas cualidades que ayudan á los débiles á vencer á menudo á los fuertes, es decir, la astucia y la alevosía ingeniosa.



Fuente de plata dorada encontrada en Larnaca (Citio) ó segun otros en Idalion, lugar de la isla de Chipre, y que actualmente se conserva en el Museo del Louvre, de Paris (su diámetro es de 185 milímetros).

En el círculo exterior y quizás tambien en el centro están representados Hércules y Yolaos; éste es el mas jóven y esbelto de los dos. El avestruz que Hércules tiene cogido representa probablemente un espíritu, porque en las supersticiones populares árabes de otros tiempos figura un demonio en forma de avestruz negro.

Probablemente se las figuraban como las personas contrahechas que se valen de su astucia, de habilidades especiales y de su inteligencia superior para suplir sus defectos físicos; por manera que no pocas tribus se habrán figurado su divinidad protectora bajo forma de enano y con inteligencia maligna.

Algunas de estas divinidades que en el transcurso del tiempo fueron centro de un culto, tenian todavía estos defectos de conformacion, pues al parecer eran pigmeos los Cabires, ó sea los «grandes» y «poderosos,» de los cuales se veneraron ocho en Beirut, á manera de colegio de dioses, contándose como el octavo de ellos, segun se dice, el dios Eshmun. AL-

LOS FENICIOS

(1) Los griegos tradujeron por Pigmalion el nombre propio Pumai-yaton, que en fenicio significa: *Pumai ha dado*.

mente para servir de espantajo; si bien refiere Filon de Biblos que los Cabires eran considerados inventores del arte de navegar.

Para justificar la suposición de que el culto de dioses de tribu, dotados de poder absoluto sobre sus súbditos, produjo la creencia en la existencia de diversos seres divinos que los fenicios adoraron como sus divinidades principales, conviene notar que en concepto de los fenicios eran divinidades inferiores las del mar y la navegación, á pesar de poder esperarse lo contrario de un pueblo que á la navegación debió su importancia histórica. En la misma Cartago eran de primera categoría, según demuestra el juramento de Anfal, la divinidad protectora de la ciudad, luego Hércules, Yolaos y Ares, después de los cuales nombra á Triton (1) y Poseidon, por mucho que los navegantes cartagineses estuviesen quizás



Moneda de Berytos (representa el dios del mar en su carro tirado por caballos marinos). Tamaño del original, que se conserva en el Museo Numismático de Berlín.

acostumbrados á invocar á este último, ó sea á Neptuno. Los fenicios, sin embargo, no descuidaron el culto de las divinidades marinas y ciudades fenicias usaron con preferencia desde el tiempo de los Diadocos en sus monedas la figura de Neptuno; pero al parecer no tuvo ninguna ciudad fenicia á Neptuno por divinidad protectora. Las divinidades protectoras de las ciudades fenicias marítimas no tienen, en cuanto á su significación, nada que las diferencie de las divinidades semíticas de los pueblos vecinos del interior (2). Eran conceptos de divinidad nacidos en otras circunstancias, propias de un grado de civilización más primitivo. Se trataba de seres á los cuales se atribuía en el origen el poder de remover el cielo y la tierra en favor ó en perjuicio de sus adoradores; por manera que ya en la creencia de su pueblo tenían su poder definitivamente establecido y demasiado arraigado para que pudiesen disputárselo las divinidades marinas cuando estas adquirieron importancia.

El culto aparece naturalmente tan antiguo como la idea de las divinidades; si bien tenemos noticias muy incompletas de sus formas y de los usos que á este culto se refieren. Se conoce que las ideas que de los seres divinos tenían los fenicios y que forman la base de su culto, eran muy primitivas y rudas, y que los usos del culto habían nacido de comienzos sencillísimos, con la particularidad de que debe de haber ejercido grandísima influencia en la formación de muchos principios religiosos, un estado primitivo de división en tribus ó familias independientes entre sí.

No faltan indicios de que el origen de los usos del culto procede de una época en que los hombres, reflexionando profundamente sobre la existencia del alma después de la muerte del cuerpo, atribuían un gran poder á las almas de los muertos. Los usos que reconocen este origen ofrecen en gran parte, como principios del culto, un carácter tan singular, que su aplicación al culto solo se explica considerándolos como resultado de tradiciones basadas en la creencia de espíritus y en su poder. Es indudable que antes de rendirse culto á divinidades, y de creer en su existencia, existían ya la creencia y cierto culto de los espíritus, sombras ó almas de los difuntos. Pues bien, las ideas primitivas imperfectas ó vagas del modo de ser de las divinidades hicieron que en el culto se manifestara la creencia de que estos poderes invisibles

(1) Es dudoso que Triton fuera considerado como divinidad marina, siendo quizás solo una divinidad que se representaba en forma de pez.

(2) Las leyendas que atribuían á divinidades especiales de los fenicios hechos particulares, como á Hércules grandes viajes marítimos, habrán nacido solo desde que este pueblo fundó colonias allende los mares.

se parecían por sus cualidades, necesidades y hábitos á las almas de los difuntos; y mientras se conservara la creencia en el influjo directo de las almas de los difuntos en los destinos y sucesos de los vivos, debía conservarse también muy vaga é indefinible la diferencia entre divinidades, espíritus y almas. No pudiendo los hombres figurarse una existencia puramente espiritual, sin cuerpo que le sirviera de base física, un ser espiritual sensible y con voluntad, pero ajeno á toda pasión, creyeron que las divinidades, así como las almas de los difuntos, tenían necesidad de alimento y que eran como estas almas irritables y vengativas; resultando de esto que todo cuanto se creía deber á las almas de los difuntos para tenerlas contentas, se creyó deber en mucho mayor grado desde luego á los poderes superiores (3).

Nos faltan, como por lo demás es muy natural, comprobantes para demostrar la marcha de las ideas religiosas, y además es evidente que en el transcurso del tiempo se modificaron muchísimo las ideas sobre la vida después de la muerte, como también se habrán modificado, aunque en menor grado, las que se tenían sobre el modo de ser de las divinidades. Si en época temprana fué aplicado el culto de los muertos al culto de las divinidades, el primero debió de perder gradualmente mucho de su significación primitiva y desenvolverse en sentido muy diverso; la creencia en el poder de las divinidades debió de ir debilitando continuamente la relativa al poder de los espíritus de los muertos, y lo mismo debió de suceder respecto del culto de aquellos y de estos; pero es evidente que el primer culto fué el de los muertos y de sus espíritus, porque solo admitiendo esto pueden explicarse un gran número de hechos. Desde luego consta que los fenicios creían hasta en sus últimos tiempos en una vida después de la muerte muy análoga á la vida terrenal, y en su concepto la tranquilidad de las almas de los difuntos dependía de la absoluta tranquilidad del cuerpo muerto; y así cuidaron hasta donde pudieron de la conservación de los cadáveres, aunque en este arte no llegaron á la perfección alcanzada por los egipcios. Al depositar sus cadáveres en sepulcros abiertos en las peñas, adoptaron con frecuencia disposiciones complicadas para asegurar á sus muertos la más completa tranquilidad (4). Como prueba de que los fenicios atribuían á los muertos la aptitud de oír lo que se les decía, tenemos sarcófagos de barro, que difícilmente datan de época remota, cuya tapadera presenta en la parte exterior una mascarilla correspondiente á la cabeza del cadáver, y en el sitio de la oreja un agujero que penetra hasta el interior (5).

Tocar á la morada de un muerto, que los fenicios llamaban *casa eterna*, era considerado pecado gravísimo (6). Prueban el temor que inspiraba toda profanación de la morada del difunto, las maldiciones contra todo profanador de esta

(3) No puedo entrar aquí en la demostración de este modo de ver, que se funda no solamente en las noticias que tenemos de la religión de los fenicios, sino también en la comparación de las ideas religiosas de otros pueblos semíticos, sin contar las ideas paralelas de otros pueblos de muy diferente raza y origen.

(4) En los sepulcros de Amrit se encuentran cadáveres rodeados de vendas de tejido y además de una capa de yeso. Solían cubrir, como los egipcios, con laminas de oro las órbitas de los ojos y demás aberturas del cuerpo humano, y se han encontrado también mascarillas de oro. Véase E. Renan: *Mission en Phénicie*, pág. 421 y 845; A. de Longpérier: *Musée Napoléon III*, texto de la lámina 17, y J. Hamdy-Bey en la *Revue archéologique*, tercera série, X, pág. 147.

(5) Véase también: *Histoire de l'art*, tomo III, pág. 139, de Perrot y Chipiez.

(6) En una inscripción encontrada en Malta (*Corpus Inscr. Semit.*, tomo I, 1) se habla de la purificación de la *casa eterna*, que era evidentemente una ceremonia de consagración que precedía al sepelio del cadáver, y que tenía por objeto alejar de la morada del muerto todo lo que pudiera ser contrario á la tranquilidad del alma.

clase que hay escritas sobre el sarcófago de Eshmunazar, rey de Sidon, en la época de los Tolomeos; que dicen que «los dioses sagrados» tomen venganza de tal profanador, no dejando de él ni raíz ni fruto, ni honor entre los vivos debajo del sol, lo que quiere decir que el culpable sea exterminado con todos sus ascendientes y descendientes; ó como dice otra inscripción del sarcófago de Tabnit, el padre de Eshmunazar, que «el profanador no tenga descendencia entre los vivos debajo del sol, ni sitio de reposo entre las almas de los difuntos.» No se sabe nada de cierto sobre cuáles eran los peligros que se temían para las almas á consecuencia de la profanación de su reposo; pero se temía seguramente que si el alma molestanda no encontraba en seguida otro sitio oculto donde guarecerse, se hallaba en la misma situación peligrosa que la esperaba á la muerte de su cuerpo, á la cabecera del cual acechaba un ser monstruoso, al cual se atribuía forma de león, y que se apoderaba del alma para despedazarla, si los amigos del moribundo no ahuyentaban á tiempo al espíritu destructor. Así resulta de una inscripción en griego bárbaro en el monumento sepulcral de un fenicio llamado Antipatro, natural de Ascalon y enterado en Atenas (1). De esto se infiere que los fenicios creían no solamente que el alma, al expirar el moribundo y al abandonar el cadáver, vivía separada de éste, sino también que las almas sin morada estaban expuestas á ser destruidas y exterminadas por espíritus más poderosos. Esto autoriza á suponer que tales creencias produjeron la convicción de que las divinidades que podían causar la muerte de las personas tenían, como espíritus malignos, el deseo de apoderarse de almas humanas para recrearse en su destrucción, y que de consiguiente, el medio más eficaz para evitar el rencor y calmar la ira de estas divinidades, era ofrecerles sacrificios humanos. Por esto probablemente los fenicios sacrificaban con preferencia á personas jóvenes en toda la fuerza de su vida (2).

También hay indicios de que la vida después de la muerte era considerada como análoga á la vida terrenal, porque proveían á los muertos de amuletos, quizás los mismos que el difunto había llevado en vida, y además muchos otros utensilios, como cucharas, puñales, frasquitos de pomadas, lámparas, vasos para beber, jarritos de vidrio para las lágrimas y figuritas de barro de divinidades protectoras. Probablemente la fuente que tiene en la mano la persona del relieve de la página 55, significa que el difunto vive y recibe dádivas (3). Todavía consideraban los fenicios en tiempo histórico como especie de culto la atención que guardaban á sus muertos, porque así lo prueba un sarcófago formado de un bloque de peña que F. de Saucy ha descubierto en las in-

mediaciones de Um-el-Awamid. Este ataud tiene á uno de sus lados cortos un altar de la misma forma de los altares usuales en Fenicia, y Renan asegura que estas añadiduras no son raras en los sarcófagos en el territorio de Tiro (4).

No parece que los fenicios hayan creído tener la obligación de cuidar constantemente del bienestar de sus muertos, pues de otra manera esta creencia habría engendrado un culto de los muertos como existió entre los egipcios. Según parece, bastó á los fenicios, como á otros pueblos semíticos, consolar el alma de sus difuntos en los funerales y durante un tiempo determinado de luto con demostraciones expresivas de dolor, y suministrarles los medios suficientes, en su concepto, para conservar su existencia. Habrá formado parte, como entre los israelitas, de las ceremonias fúnebres la costumbre de herirse el rostro; pero no debió de ser esta la intención principal y primitiva, si bien se usaba como señal de luto en el culto de la «diosa Siria,» mientras los sacerdotes de Baal empleaban el mismo acto para dar más fuerza á sus conjuros. Estos tenían por objeto excitar á la divinidad á acceder á sus ruegos, lo que permite suponer que este recurso, antes de ser empleado en el culto, había tenido por objeto en los entierros ofrecer la sangre vertida al alma del difunto para fortificarla; ni habrían considerado los fenicios la sangre de sus piezas de caza como una ofrenda apetecida por las divinidades, si no hubiesen tenido la convicción de que las almas de los difuntos podían apropiarse la sustancia vital de la sangre, de cuya creencia procedió sin duda la idea de que las divinidades, como una especie de espíritus, apetecían para su existencia la sangre fresca.

Otro problema religioso constituye también el origen de la rapadura de la cabeza. Luciano dice que en la función anual que en Biblos se celebraba para conmemorar la muerte de Adonis se hacían rapar la cabeza los que tomaban parte en la función para mostrar así su dolor. Por otra parte, se citan entre las personas empleadas en el culto del templo de Astarté, en Citio (Chipre), los barberos ó rapadores de cabezas; y en inscripciones votivas cartaginesas se llaman algunas personas *gallab-elim*, que significa literalmente «rapadores del dios,» de lo cual se desprende que tenían por oficio las tales personas rapar á otros la cabeza para un objeto religioso. Esto ha dado lugar á la suposición de que era costumbre rapar la cabeza, como ceremonia sagrada, á las personas que habían cumplido un voto religioso, si bien no ha sido posible hasta ahora probar la exactitud de esta suposición. Si esta era realmente costumbre de los fenicios, procedía seguramente de lo que solía hacerse en los entierros (5), aunque es posible que aquellos rapadores solo tuvieran la incumbencia de rapar la cabeza á los sacerdotes, porque el poeta romano Silio Itálico

(1) Véase sobre esta inscripción el tratado de Hermann Usener: *De Iliadis carmine quodam Phocaeo*, Bonn, 1875, pág. 34; Ulrich Koehler en el *Corpus Inscriptionum Antiquarum*, n.º 2,836; las comunicaciones de Pablo Wolter, en el Instituto Arqueológico alemán, sección de Atenas, XIII, Atenas, 1888, pág. 310. Filostrato, autor que por cierto merece poca confianza, dice en su biografía de Apolonio de Tiane, que Cádiz (Gades) era la única población donde se estilaba cantar *paiane á la Muerte*; lo cual se refiere quizás á cánticos que se entonaban para aplacar al monstruo que acechaba las almas para destruir las. Filon de Biblos dice que *Muth*, ó sea la Muerte, era el nombre de un dios fenicio hijo de Cronos, es decir, de *El*, y añade que los fenicios le llamaban Tionatos y también Pluton, porque la palabra *Muth* significaba en fenicio tanto la Muerte como un espíritu que reina en el mundo de los difuntos.

(2) Los sacrificios humanos de los árabes paganos ofrecen analogía con los sacrificios de los fenicios; véase J. Wellhausen: *Bosques y trabajos preliminares*, tomo III, pág. 112.

(3) Este relieve data probablemente de la época de los emperadores romanos, pero aun así da á conocer por su trabajo tosco, que es de origen fenicio.

(4) Véase la obra ya citada de Renan, pág. 707, y la de Saucy: *Voyage autour de la mer Morte et dans les terres bibliques*, Paris, 1853, lámina 5.

(5) En la costumbre de dar al difunto cabellos de parientes ó amigos se puede ver el deseo de mostrarle el dolor que su muerte causa á los supervivientes y la creencia de que en los cabellos existe cierta virtud vital. Así el corte de mechadas de cabellos para darlos al difunto formaba naturalmente el remate de las ceremonias de entierro; y el que tenía para con el difunto alguna obligación que cumplir, debía aplazar para otra ocasión la ceremonia de cortarse el cabello. Por este motivo no se lo cortaban, por ejemplo, los árabes paganos si no habían vengado todavía la muerte violenta de uno de los suyos. Véase la obra citada de J. Wellhausen. También en la *Iliada*, XXIII, vers. 140 á 151, Aquiles procede á los funerales de Patrolo solo cuando ha vengado la muerte de éste y entonces se corta sus bucles y los dedica al difunto. Siendo, pues, la omisión de cortarse el pelo las personas que han perdido un pariente, una manifestación de que debían al difunto el cumplimiento de un deber sagrado, se hizo el corte de cabellos una señal general de haberse propuesto el cumplimiento de un voto ó objeto religioso, en cuyo sentido lo practican aun hoy los árabes y en general los mahometanos.